

ó en otro partido; porque aunque es necesario creer que en esta Iglesia no hay más que un solo jefe visible, si sucede, sin embargo, que dos soberanos Pontífices sean creados á un mismo tiempo, no es necesario creer que, éste ó aquél sea el legítimo, sino solamente se necesita creer que el verdadero Papa es aquel que ha sido elegido canónicamente, y el pueblo no está obligado á discernir cuál es, pudiendo seguir la opinion y la conducta de sus pastores». El gran designio de Dios, que es la santificacion de los escogidos, no se cumplió ménos en medio de los escándalos. En efecto, hubo Santos personajes en las dos obediencias: por otra parte, un Papa dudoso no es Papa, y, por consiguiente, todo el tiempo de cisma puede considerarse como un interregno en que está vacante la Silla pontificia, y que por una providencia especial de Dios se conserva íntegra la unidad católica.

Los Santos de aquella época, dice el sábio Cardenal tantas veces citado, deben juzgarse segun las luces de su siglo; pueden haber participado de sus prevenciones en una cuestion que dividía los reinos y los espíritus, y vivir, aún en la comunión la ménos segura para la fe, con todas las señales de la predestinacion y santidad. Divididos acerca del hecho, los fieles no lo estaban acerca del derecho. Todos creían que no hay sino un solo Dios, una sola Iglesia, un solo Papa, legítimo sucesor de Pedro. Pedro vivía siempre á sus ojos, segun unos en Urbano VI, segun otros en Clemente VII; mas á juicio de todos el Papado permanecía inmutable, cualesquiera que fuesen el nombre y la mansion del que lo ocupaba. No liga Dios la salvacion de los pueblos á la decision de estas difíciles cuestiones. Cuando surgen en el trascurso de los siglos, es una prueba para la razon y no un obstáculo para la fe. La santidad, que constituye como la vida íntima del cristianismo, desarróllase en medio de los peligros como en el seno de la paz; y cuando más turbadas estaban las inteligencias, los corazones rectos no pertenecían ménos á Dios y á la Iglesia (1).

(1) Lugar citado, cap. 7.º

En medio de los escándalos que hay que lamentar en aquella época, la relajacion del Clero, los intereses de partido y la excitacion de los ánimos, es maravilloso contemplar la unanimidad y alegría con que fué recibida la eleccion de Martino V. Y viviendo todavía dos de aquellos Papas, quedan de repente oscurecidos y abandonados, sin que ninguna ambicion trate de tomarlos como bandera, ni poder perturbar á la Iglesia reunida ya entera á su jefe reconocido. Aquel cisma no fué rebeldía en los corazones, sino duda en la opinion.

No es solo esto lo que prueba el vigor con que la Iglesia resiste todas sus pruebas. Todo cisma suele degenerar rápidamente en herejía, y casi siempre va complicado con ella; pero en éste no se alteró en lo más mínimo la pureza de la fe; hecho sin ejemplo en los anales de la Iglesia, que sorprende tanto más, cuanto que por espacio de medio siglo se tuvieron animadísimos debates, se cruzaron escritos de todo género, y se aventuraron mil extrañas opiniones para defender cada uno la razon que pretendía tener.

Pero lo que sobre todo es maravilloso es que despues de tan hondas escisiones, las más apropósito para desprestigiar el Papado en la opinion pública y debilitar su poder, salió, sin embargo, más robusta y respetada la autoridad pontificia, y despues del cisma empieza la época de su más sólida grandeza. Los abusos de los Papas dudosos no tuvieron fatales consecuencias en lo sucesivo, y la degradacion de algunos en nada perjudicó á la institucion que presumían representar. Por el contrario, la reforma iniciada por Martino V, dió los frutos más saludables que se completaron en sus sucesores. En adelante la accion de los Papas fué más expedita, y desapareció para siempre el peligro de iguales turbaciones en la Iglesia.

#### CAPITULO IV.

##### El protestantismo.

Bajo el nombre genérico de protestantismo, se comprende la grande defeccion que experimentó la Iglesia en el si-

glo XVI en Alemania, Inglaterra y Francia, ó, lo que es lo mismo, todas las sectas en que se dividió la *pretendida reforma* (1).

La Iglesia no ha tenido otro enemigo más terrible y que le haya causado más daño que el protestantismo; no porque tenga fuerza en sí mismo que le haga temible, sino por las personas que lo apoyaron y los escándalos que trajo en pos de sí. Él hizo revivir los errores de todas las pasadas herejías, y la tenacidad de todos los cismas; desmembró de la unidad católica la mitad de Europa, encendió sangrientas guerras, y, por último, echó los fundamentos de la incredulidad y el ateísmo que se han desarrollado en los siglos siguientes.

La aparición del protestantismo fué el principio de las más ardientes luchas para la Iglesia, y reanimó la actividad y el celo de sus defensores. Después de tres siglos, hoy le tiene rendido y aniquilado debajo de sus piés, y está presenciando las convulsiones de su agonía. No hay alguna persona medianamente instruida que no esté convencida de la falsedad del protestantismo, y de que es esencialmente corruptor y antisocial.

Ya lo dejamos demostrado plenamente en muchos capítulos de esta obra. Por lo tanto, nos contentaremos aquí con hacer una recopilación de lo dicho en varios lugares, siguiendo en la impugnación el mismo método que hemos guardado en nuestra apología de la Iglesia católica.

§ I.—*El protestantismo considerado en sus dogmas* (2).

El protestantismo no tiene dogmas, no tiene símbolo, ni

(1) Se dió el nombre de protestantes á los sectarios de Lutero, cuando en la dieta de Spira en 1529 protestaron contra un decreto del emperador Carlos V.

(2) Véase Bossuet, *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*. Esta obra, llena de ciencia, es la refutación más victoriosa del protestantismo. Este libro, dice un escritor, no admite réplica: si fuese fácil libertarse de su poderío sería necesario trasportar el teatro de la discusión fuera de la religión cristiana, y armarse absolutamente del espíritu de duda, y de aquella filosofía que desprecia toda la religión revelada.

puede tenerlo. Si se quiere confundir á un protestante, no hay más que preguntarle cuáles son sus doctrinas fijas. El protestantismo no tiene dogmas, solo tiene negaciones.

El protestantismo no tiene dogmas, porque el único que tiene, hace imposible tener otros. Su principio fundamental es que la única regla de fe es la Sagrada Escritura, interpretada por el espíritu privado de cada uno. Según este principio, es inevitable que haya tantas opiniones como cabezas. Cada uno puede formarse su credo viendo en la Biblia los artículos que más le acomoden. Así es, que las diversas sectas en que se ha subdividido el protestantismo, han profesado, guiadas por su espíritu privado, todas las monstruosidades imaginables.

El protestantismo es una continua variación, por falta de una regla segura de fe, que le evite precipitarse cada vez más en los abismos del error. No hay una generación que tenga creencias iguales á la que le ha precedido, ó á la que viene en pos de ella, y es como una sentencia de reprobación para esta secta la fatalidad de no permanecer jamás constante en ningún punto. El protestantismo se ha dividido y subdividido en centenares de sectas que profesan una infinita diversidad de doctrinas contrarias y que se condenan mutuamente. Este hecho no puede ser más elocuente para poner de manifiesto su falsedad.

No hay un solo artículo de la doctrina que enseñaron los fundadores del protestantismo que haya sido conservado por sus sucesores. Estos se avergonzaron de muchos errores groseros de sus maestros, y volvieron á las opiniones católicas y moderadas, respecto á la necesidad de las buenas obras, etc.; verdades católicas contra las cuales habían lanzado sus anatemas Lutero, Calvino y los demás reformadores, considerándolas motivo para romper absolutamente con la Iglesia romana.

Si el protestantismo conservara la doctrina de sus fundadores, no sería más que una serie de negaciones, con las cuales no es posible que exista el cristianismo.

Aquéllos negaron las indulgencias, y, por consiguiente, la potestad de la Iglesia de absolver de los pecados y de

perdonar la pena al pecador en virtud de los méritos superabundantes de Jesucristo y de sus Santos. Según ellos, la Iglesia solo tiene potestad de declarar que los pecados están perdonados; pero éstos se perdonan por la fe sola, no por la fe general con que creemos todo lo que Dios ha revelado, sino por una fe especial, por la que creemos que Jesucristo murió por nosotros y que se nos imputan ó aplican los méritos de su pasión y muerte.

Enseñada la justificación por sola la fe, quedan legitimados todos los excesos, y es natural el *Pecca fortiter, sed crede fortius* de Lutero. Nada valen la contrición y el arrepentimiento, sino para hacer al hombre más hipócrita y culpable. Nada valen las buenas obras, la caridad, la limosna, la abstinencia, el ayuno, sino para hacer al hombre más pecador. El hombre peca en todas sus obras, porque la corrupción del pecado original le dejó en absoluta impotencia para el bien. El libre albedrío es nulo, y Dios es el que lo hace todo en el hombre, así los pecados como las virtudes, sin que el hombre pueda merecer absolutamente nada.

Para mayor desgracia del hombre, nada le sirven los sacramentos para el perdón, y toda su eficacia consiste en que son signos capaces de excitar la fe, y áun los únicos que pueden producir este efecto son el bautismo y la eucaristía, siendo nulos todos los demás. Pero nunca hubo conformidad en explicar la presencia de Jesucristo en el sacramento y las consecuencias que de ella se derivan de ser ofrecido en sacrificio al Eterno Padre. La misa no es un sacrificio, y nunca fué negada y abolida.

No habiendo sacrificio, y siendo inútiles los sacramentos y las ceremonias, no puede haber sacerdocio ni gerarquía, y la ordenación no confiere á los Sacerdotes ningún carácter ni ninguna potestad. No hay Papa, ni Obispos, ni Sacerdotes, ni ceremonias, ni culto exterior, ni fiestas, y especialmente el culto de los Santos y la veneración á sus imágenes y reliquias; es una idolatría y una injuria la que se hace al mismo Jesucristo. La autoridad de la Iglesia es una usurpación. La Sagrada Escritura es la única regla de fe.

Tal es en globo el monstruoso sistema protestante de Lutero, aumentado con más horribles dogmas por Calvino, Zuinglio y los demás reformadores. Cada uno se creía con derecho de levantar su bandera de novedades á cual más contrarias á la doctrina de Jesucristo. ¡Y es posible que tan monstruosos sistemas, tan dolorosas doctrinas arrastrasen á tantas naciones de Europa!

Hoy no existe ya el protestantismo como lo plantearon sus fundadores. Apartándose cada vez más de sus principios, y avanzando cada día más en los errores, ha llegado á un estado de descomposición natural, en que no hay una creencia igual en ninguno de sus miembros. Es raro hallar hoy dos ministros de la misma secta que estén de acuerdo sobre los puntos más esenciales de la fe, y los principales doctores protestantes no tienen ni sombra de cristianismo. Un protestante inglés afirma que los mahometanos están más cerca del cristianismo que los doctores protestantes modernos. «El protestantismo, dice el Obispo anglicano Watson, consiste en creer lo que se quiere y en profesar lo que se cree. Su símbolo puede reasumirse en estas palabras: Creo en mí y protesto contra la Iglesia católica.» Hace poco exclamaba con desconsuelo la *Gaceta Eclesiástica* de Berlín (protestante): «Es bien fácil probar, como ya se ha probado repetidas veces, que no hay uno solo de nuestros pastores que tenga las mismas creencias que otro» (1).

En lo que todavía queda hoy de protestantismo, sostenido como un cadáver galvanizado, se observan claramente dos tendencias opuestas, pero que las dos son la muerte

(1) «Escribiría en la uña de mi pulgar todo lo que queda de dogma, generalmente creído en la iglesia protestante,» dice Nicolás Harms. Deístas, racionalistas, panteístas, supernaturalistas, de todos matices, opuestos en principios, de prácticas divergentes, en desacuerdo sobre los dogmas fundamentales del cristianismo, más distintos unos de otros por sus doctrinas que lo son de los católicos, se imaginan ser todos miembros de una sola y misma iglesia, á la que falta el primero y más indispensable fundamento de la iglesia verdadera, un símbolo comun. Alzog., tomo IV, párrafo 416.

del protestantismo doctrinal. Las personas instruidas y honradas, los hombres pensadores de buena fe, se aproximan cada vez más al Catolicismo: las conversiones se multiplican y disminuyen en general las prevenciones contra Roma. Estos son los que hoy le dan todavía cierta apariencia de vida, mientras acaban de efectuar el movimiento que han iniciado, abandonándole para siempre. La segunda tendencia igualmente pronunciada, es hacia el racionalismo, hacia la negacion absoluta de toda revelacion, hacia el puro deísmo. Estos no tienen que hacer otra cosa sino dejarse arrastrar por la fatal pendiente de sus principios, que llevan inevitablemente á este punto. El racionalismo no es otra cosa que una expansion del protestantismo, una consecuencia lógica del libre exámen y de rechazar toda autoridad en materias de fe.

En una palabra, el protestantismo no tiene dogmas, no tiene símbolo, no tiene regla de fe; luego no merece el nombre de religion.

#### § II.—*El protestantismo considerado en su constitucion.*

Aunque el protestantismo no tuviera en su doctrina los vicios esenciales que hemos visto y que acreditan su falsedad, bastaria para confundirlo manifestar la flaqueza de su constitucion. Por la constitucion vigorosa y sábiamente ordenada de la Iglesia católica, probamos su divinidad, estudiando su origen y condiciones para llenar el fin de su institucion. Aplicando este criterio al protestantismo, se descubre toda su vergonzosa desnudez.

Una Iglesia que tiene la pretension de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo reformada, ó vuelta á su primitivo esplendor, debía tener los caracteres de aquélla; pero el protestantismo no puede presentar ni uno solo.

Es vicioso en su origen. No tiene por fundador á Jesucristo y por propagadores á los Apóstoles y á hombres distinguidos por su santidad y con pruebas para su mision, sino á Lutero, Calvino y otros sacerdotes apóstatas y corrompidos. No viene desde el mismo Jesucristo, sino que

empezó en el siglo XVI, cuando ya existía la verdadera Iglesia. Si nos dicen que esta Iglesia había faltado, hacen una injuria al mismo Jesucristo, que prometió estar con ella siempre, hasta la consumacion de los siglos. Los autores del protestantismo fueron educados en la Iglesia católica, y pertenecieron á ella hasta que se separaron para formar una sociedad aparte. Eran, pues, *novadores* que atacaban á la Iglesia antigua rebelándose contra ella; y este carácter de novedad, que sirve para juzgar á todas las herejías, es la con denacion más palmaria del protestantismo.

Ellos no presentaron ninguna prueba de mision sobrenatural para acreditar que tenían autoridad para hacer la reforma de la Iglesia. No confirmaron su mision con milagros, ni profecías, ni santidad de vida y de doctrina, lo cual les era absolutamente necesario para la obra que acometían. Cuando se trataba de cambiar la faz de la Iglesia, de corregir sus creencias seculares, de trasformar su culto exterior y su disciplina, debieran haber acreditado que lo hacían en nombre de Dios, como lo hicieron Moisés, Jesucristo y los Apóstoles, y mucho más habiendo un ministerio público, un cuerpo de pastores revestidos de una mision ordinaria, que por una sucesion no interrumpida venían de Jesucristo y de los Apóstoles, y á los cuales trataban los novadores de sustituir. El protestantismo no tiene á su favor ninguno de los motivos de credibilidad que tiene la Iglesia católica.

El protestantismo no da á los hombres ningun medio de conseguir la salvacion. Les pone la Biblia en la mano, y despues los deja abandonados á sí mismos si ha de ser lógico con sus principios.

El protestantismo no tiene ninguna de las notas que distinguen á la verdadera Iglesia de Jesucristo. No tiene *unidad*, porque está dividido en muchas sectas con distintas creencias, distinto culto y distinta disciplina. Sin duda no es esta la Iglesia que fundó Jesucristo, que debe formar un solo reino, una sola familia, un solo rebaño congregado en un solo redil y dirigido por un mismo pastor. No tiene *santidad*, porque le falta su principio, que es la fe íntegra y la

caridad vivificante, y además enseña doctrinas perniciosas que conducen á la más desastrosa inmoralidad. No tiene sacramentos, no tiene virtudes sobrenaturales y no ha podido formar un solo Santo. No tiene *catolicidad*, porque está limitado á los lugares que le vieron nacer, y siendo de ayer no puede presumir ser de todos tiempos, ni tampoco se atreverá á decir que enseña toda la doctrina de Jesucristo, pues la niega en muchos artículos. Por último, no tiene *apostolicidad*, pues rompió violentamente su comunión con los sucesores de los Apóstoles, los ódia y no enseña la misma doctrina que aquellos enseñaron.

No es indefectible, como debe ser la verdadera Iglesia de Jesucristo para que puedan pertenecer á ella todas las generaciones, porque le estamos viendo descomponerse y perecer. Siempre que ha sido atacado y perseguido seriamente, ha sido destruido, al contrario que la Iglesia católica, á la cual las persecuciones no han podido vencer.

No es infalible ni presume serlo, y, por lo tanto, no es el maestro que ha puesto Jesucristo para enseñar á todas las gentes en todas las edades.

No tiene una cabeza visible, ni gerarquía, ni sacerdocio, y es un cuerpo acéfalo y anárquico, que por lo mismo no puede ser obra de Dios.

No tiene autoridad, ni cabe en su sistema, porque el libre exámen hace á cada uno juez de sus propias opiniones, y sería una contradicción pretender que sometiese su juicio al juicio de otro.

Le faltan, pues, todas las condiciones que debe tener la verdadera Iglesia de Jesucristo para cumplir su misión divina según el fin que se propuso su fundador. Es la negación completa de la verdadera Iglesia; y, ¿se atreverá todavía á usurpar este honroso título? Es la destrucción de ella, y, ¿se atreverá á llamarse su *reforma*?

### § III.—El protestantismo considerado en sus obras.

De la misma manera que el protestantismo es una serie

de negaciones, así también es una serie de ruinas y calamidades (1).

Desde su origen empezó destruyendo todo lo existente, sin pensar en lo que había de reemplazarlo; y todavía estamos sintiendo las fatales consecuencias de aquella revolución general en las ideas y en las costumbres. Al punto surgieron mil disputas encarnizadas y furiosas, odios nacionales y extranjeros, y guerras sangrientas é interminables. La Europa entera se convirtió en un inmenso campo de batalla, y fué víctima de todos los horrores consiguientes al estado de guerra, como la ignorancia, la inmoralidad y la miseria. Las artes, las ciencias, el comercio, la agricultura, no pueden desarrullarse si no hay paz y tranquilidad en los pueblos. De manera que á consecuencia del protestantismo y por culpa suya, pues era el invasor, se paralizaron todos los ramos de la prosperidad pública, y hallaron un obstáculo serio los progresos de la verdadera civilización. Esta se hubiera desarrollado vigorosa y floreciente bajo la acción de la Iglesia, que había llegado á una época en que podía ejercerla sin trabas; pero ante los bruscos ataques del protestantismo, y sensible defeción de la Europa, la Iglesia solo pudo pensar en defenderse. El protestantismo empujó á la civilización por atajos erizados de peligros, y á él se debe principalmente esa civilización indiferentista ó materialista, que ha condenado la Santa Sede, bajo el nombre de civilización moderna (2).

Con su funesto principio del libre exámen y sus funestas doctrinas, dió la dirección más errada y deplorable al espíritu y al corazón, sobrecitó las pasiones y fomentó la inmoralidad, desorganizó la familia, negando el sacramento del matrimonio, y sancionó todas las rebeliones contra toda clase de autoridad. Dado el primer paso en una pendiente resbaladiza, es inevitable caer hasta el fondo del abismo.

(1) Véase Polge, *De la reforma y del Catolicismo*, capítulo 4.º

(2) Véase lo que hemos dicho en la 2.ª parte, capítulo 2.º

Los escritores más sensatos, que saben estudiar la historia en su vasto conjunto filosófico, reconocen como hijas legítimas del protestantismo á casi todas las revoluciones políticas que ha habido en los tres últimos siglos, las cuales, bien miradas, no son otra cosa que la aplicación y desenvolvimiento de sus doctrinas y principios. Los que han seguido y estudiado su marcha, le han visto engendrar el indiferentismo con todos sus resultados, y avanzar rápidamente hácia el socialismo con todas sus amenazas.

Tales son en conjunto las obras del protestantismo, los resultados de su maléfica influencia; el trasorno completo en el orden moral, en el orden político y en el orden social.

Fácil sería contar uno por uno los males que ha acarreado si tuviéramos espacio para ello. Otros escritores han desempeñado cumplidamente esta tarea, demostrando hasta la evidencia que el protestantismo, lejos de haber hecho nada bueno, por el contrario, ha sido la causa de los males más dolorosos que afligen á nuestra época, y que él es quien ha planteado los terribles problemas sociales, que los Gobiernos se esfuerzan en vano por desatar (1).

Ahora bien, preguntaremos, ¿qué religion es esa que por todos sus poros, por decirlo así, irradia la disolución? ¿Qué Iglesia es esa que marca sus pasos por las ruinas que produce y los peligros que siembra? ¿Puede ser esta la verdadera Iglesia de Jesucristo?

Sin embargo, entre las obras del protestantismo, hay dos especialmente á las cuales no podemos ménos de dedicar algunas líneas, por lo exactamente que caracterizan su impotencia y su esterilidad. Nos referimos á sus *misiones* y á sus *sociedades bíblicas*.

Es propio de la Iglesia de Jesucristo el difundirse en todas las naciones, y el ir á evangelizarlas segun el encargo expreso que le hizo su fundador. Sus esfuerzos han sido

(1) Balmes, *El protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion Europea*. Augusto Nicolás. *Del protestantismo en su relacion con el socialismo*.

siempre coronados del éxito más feliz, porque tenían la bendición de Dios. El protestantismo miraba con envidia la gloria que proporcionaban las misiones á la Iglesia católica, y trató de disputársela también organizando numerosas misiones, pero no consiguió fruto alguno, sino solo su descrédito y confusión.

Esta absoluta esterilidad del protestantismo en sus misiones es una prueba de su falsedad, atendidos los recursos de que dispone, comparándola con los frutos abundantes que sin ningún recurso consigue la Iglesia católica. Sin embargo, el protestantismo se gloria de sus triunfos, y los hace ponderar en todos sus periódicos; pero ya veremos la manera que tiene de contar el número de sus conversiones.

Numerosas sociedades con todo género de medios y auxilios se dedican á promover las misiones entre los infieles. Ya en el año 1824 estas diversas sociedades tenían unos 5.000 misioneros, y se jactaban de que para los gastos de las misiones extranjeras no bastaban 1.000 libras esterlinas cada día, por lo cual se aumentaron los subsidios que les proporcionaban hasta la enorme suma de más de *setenta millones de reales* cada año. Para allegar tan crecidos recursos hay más de treinta grandes sociedades centrales en Europa y América, cada una de las cuales está sostenida por otras innumerables más pequeñas, que les remesan los fondos que recaudan para este fin. Solo en Francia hay más de 200 de estas sociedades: en Inglaterra y Alemania no tienen número.

Para no fatigar al lector con cifras de las inmensas sumas que gastan los protestantes para sus misiones, le diremos que «solo en la India funcionan, segun Valbezeu, 25 sociedades evangélicas inglesas, americanas ó alemanas, que en 1859 percibían anualmente *diez y ocho millones* de reales, cuya cantidad ha ido en aumento en los años sucesivos. Noventa capellanes costaban hace 20 años á la compañía, dice Malcolm, 80.000 libras esterlinas, poco ménos de *cinco mil duros* cada capellan. En 1859 tan solo los gastos de viaje de los misioneros á la India ascendían á la enor-

me cantidad de cerca de *veinticinco millones*. Únicamente los gastos del establecimiento anglicano se elevaban en 1851 á unos 11 millones de rs., y al año siguiente un presbiteriano se alababa de que el gasto anual de las misiones protestantes en las Indias *excedía en un quinto á lo que cuestan las misiones católicas de todo el mundo* (1). Quien desee conocer los medios de que se valen para reunir tan cuantiosos recursos, puede consultar la disertación acerca de la *Esterilidad de las misiones protestantes*, que escribió el sábio Cardenal Wisseman.

Mientras que cada misionero católico solo puede gastar unos 2.000 reales al año, cada misionero protestante recibe 6.000 francos, y además otros 1.000 si tiene mujer y quinientos por cada hijo de menor edad. Además, cuentan con otros mil medios de propaganda; misionan en los países que les están sometidos, donde no hallan ninguna traba á su acción, contando también con el favor de los magistrados, ó bien si hacen alguna expedición á pueblos todavía salvajes, van con grande autoridad y aparato, y, por decirlo así, llevando en la mano la respetada bandera de su nación. En todas partes donde se establecen les dispensan una protección eficaz las autoridades civiles, abren escuelas para la instrucción gratuita de los naturales y hacen con pompa y solemnidad la distribución de premios.

«A ninguna nación se le ha presentado jamás un campo tan vasto para la propagación de la fe cristiana como el que gozamos nosotros por la influencia que ejercemos sobre los 100.000.000 de habitantes del Indostan, decía el Dr. Buchanan, gran promotor de las misiones. Ninguna otra nación ha tenido jamás tantos medios de extender su religión como nos ofrece el Gobierno de un pueblo pasivo, que cede con sumisión á la suavidad de nuestro mando, que respeta nuestros principios y que mira nuestra dominación como una bendición del Cielo.» Lo cual conviene igualmente á las misiones de Australia y Nueva Zelandia,

(1) *Paralelos entre el Catolicismo y las sectas protestantes* por Rubió y Ors, p. 11, cuad. 1, pág. 40, nota.

que por espacio de muchos años cultivaron exclusivamente los protestantes, ántes de poner los piés en aquellas tierras ningún misionero católico.

Sin embargo, á pesar de tantos elementos y circunstancias favorables para el buen éxito de estas misiones, las vemos heridas de la más fría esterilidad por confesión de sus mismos escritores como si hubiera caído sobre ellas alguna maldición del Cielo. Esto no quita para que en periódicos, en sus revistas y memorias ensalcen hasta las nubes sus progresos; pero pronto veremos que quedan reducidos á cero.

Fácil es alucinar á los incautos contando las conversiones por el número de Biblias distribuidas, ó por los alumnos que van á sus escuelas, ó por las personas que algunas veces concurren á sus sermones; pero este modo de estimar los frutos de las misiones no engaña á ninguna persona instruida. Afortunadamente sus mismos escritores se encargan de demostrarnos lo que valen estas cosas.

Según éstos, las misiones no producen ningún resultado por la triste desunión que reina entre los misioneros, por la mala conducta de éstos (1), y porque solo piensan en enriquecerse á costa de los indígenas. Apenas se encuentra un solo misionero que no obre por interés personal: M. Heaphi, que habla de su rapacidad, no se toma el trabajo de hacer una excepción en favor de ninguno de ellos. Con sus imprudencias promovieron en 1861 una insurrección en Nueva Zelandia, por la cual se vieron obligados á huir. Por esta causa *El Times*, cuyo anglicanismo es bien conocido, lleno de indignación, en su número de 28 de Octubre de 1863, decía: «que los misioneros son los peores de todos los impostores, y que mientras un público ciego continúe proporcionándoles fondos para mantenerse en

(1) El primer jefe de la misión de Nueva Zelandia, fué despedido por adúltero, el segundo por borracho y el tercero, en 1836, por un crimen todavía más atroz. *Patal*, pág. 91.